

Esbozos del personalismo

Huellas del pensar
en Emmanuel Mounier

Jorge de Juan Fernández



FILOSOFÍA HOY

Esbozos del personalismo

JORGE DE JUAN FERNÁNDEZ

ESBOZOS DEL PERSONALISMO

*Huellas del pensar
en Emmanuel Mounier*



EDITORIAL COMARES
GRANADA, 2025

SERIE
FILOSOFÍA *HOY*

Dirigida por:
JUAN ANTONIO NICOLÁS
(jnicolas@ugr.es)

121



fundación
Moncloa

Diseño y maquetación: Natalia Arnedo

© Jorge de Juan Fernández

Editorial Comares, 2025
Polígono Industrial Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 - Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: libreriacomares@comares.com
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>
<https://www.instagram.com/editorialcomares>

ISBN: 979-13-7033-028-6 • Depósito Legal: Gr. 1707/2025

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: COMARES



A mi abuela M.^a Rosa,
siempre en mi recuerdo,
quien me ayudó con su testimonio
y sus cuidados
a construirme como persona.

SUMARIO

PRÓLOGO.....	XIII
INTRODUCCIÓN	XV
SÍNTESIS CRONOLÓGICA DE SU VIDA.....	XXI

PARTE I

LA VIDA DE MOUNIER HASTA LA CREACIÓN DE ESPRIT (1905-1932)

I. LOS PRIMEROS AÑOS DE MOUNIER HASTA SU LLEGADA A LA UNIVERSIDAD	3
II. LA ÉPOCA DE LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.....	9
III. LA ESTANCIA DE MOUNIER EN PARÍS HASTA LA FUNDACIÓN DE <i>ESPRIT</i> (1927-1932)	19
1. Las primeras vivencias profundas de su estancia en París	20
2. Los contactos intelectuales durante sus primeros años de estancia en París ..	29
3. La etapa final de sus estudios universitarios	31
4. La tesis doctoral.	34
5. Época de Profesorado.	35
6. El descubrimiento personal de Péguy.....	38
7. La colaboración de Mounier con el movimiento de Mlle. Silve.	41
8. Conclusión.	45

PARTE II

LA VIDA DE MOUNIER DESDE LA PUBLICACIÓN
DE *ESPRIT* HASTA SU MUERTE (1932-1950)

I.	LA FUNDACIÓN DE <i>ESPRIT</i>	49
	1. Exigencias personales que encarna la publicación de <i>Esprit</i>	50
	2. La fundación de la revista <i>Esprit</i>	60
II.	EL SENTIDO DE SU VIDA PRIVADA Y FAMILIAR	65
III.	EL TIEMPO DE LA PRISIÓN.	79
IV.	LA ÉPOCA DE LA REFLEXIÓN Y DE LA MEDITACIÓN.	87
V.	LA «ARMONÍA DE LA PERSONA»	91
VI.	CONCLUSIÓN.	95
	CONCLUSIONES FINALES.	97
	BIBLIOGRAFÍA	99

PRÓLOGO

La vida de un pensador es siempre el mejor manifiesto de hasta dónde su vida y su obra, sus escritos y sus hechos alcanzan la concordancia que da coherencia a una existencia filosófica, que diría Husserl. Así y sólo así, la belleza del logos se hace verdad en la realidad y las ideas toman cuerpo en la existencia concreta de los seres humanos y del mundo en el que estos están. Y así, y solo así, el pensamiento termina siendo testimonio en una pretensión que nunca debió dejar de lado la reflexión: su natural tendencia a cambiar las cosas y a transformar la vida.

Emmanuel Mounier es uno de estos pensadores cuyo modo de existir es un buen guion de su propia producción filosófica. Este libro, fruto de una ardua y apasionada investigación, es una buena muestra de ello. El intelectual, entonces, termina pensando aquello que inquieta a su propia experiencia personal, especialmente las crisis vitales. Desde muy joven, la estructura de la personalidad de Mounier, del todo orientada a la reflexión y a la meditación, puso los cimientos de una vida vinculada a la filosofía. En ese sentido, hacer filosofía fue, para Mounier, toda una experiencia vocacional.

¿Es constitutivo del ser humano el sufrimiento y la crisis? ¿La identidad de lo que somos depende de lo que hacemos y de lo que proyectamos o de nuestra vida interior tan desapercibida siempre para el pensar? ¿Qué sentido puede encontrarse cuando claudica el sentido mismo, cuando las circunstancias no permiten si quiera un ápice de esperanza? ¿Y los otros? ¿Y el absolutamente Otro? ¿Cómo entonces acontece la posibilidad de Dios para una vida que se piensa auténtica en la medida en que es autónoma y

absoluta al descubrirse en un camino de progreso imparable que le asegura haber alcanzado el sueño de querer ser como dioses? ¿Quiénes son los demás para mí? ¿Qué papel juegan los otros en la construcción del yo?

Todas estas y otras muchas son preguntas que invocan la urgencia de saber del misterio de lo humano. Y todas son cuestiones que, como mostrará el s. xx, van a ser respondidas desde voces muy distintas, muchas de las cuales ya han decidido pensar contra todo lo que signifique el proyecto de lo humano. En este contexto intelectual en el que la razón había quedado encorsetada en los cánones del positivismo cientificista, y en el que todas las otras dimensiones de la existencia campaban a sus anchas en el lodazal romántico, en el nihilismo, o en los proyectos irracionalistas de corte ateo, nace el personalismo, la filosofía que trata de poner razón en lo específico y esencial de lo humano. El personalismo de Mounier tiene su carta de presentación precisamente aquí, en la necesidad de saber qué significa ser persona y en qué sentido la integridad del ser que somos redundante en una grandeza, en una inigualable dignidad y en un incommensurable valor que excede el cogito cartesiano, el ego de la conciencia o el individualismo del mercado para redundar en una comprensión del sí mismo siempre constituida por los otros y abierta a Dios.

Cuando se toma en serio la experiencia vital, sale a flote el sufrimiento humano. Qué duda cabe. El dolor es siempre inquietante y más todavía cuando rebosa el nivel de lo soportable. Pero la grieta del sufrimiento en la que se concentra la finitud no es sólo una amenaza para la solidez que se espera de una vida lograda, sino la ocasión primordial para el encuentro con Dios. La intimidad del hombre, donde más se encuentra el yo con su fragilidad y donde resuena el vacío de las preguntas sin respuesta, es lugar privilegiado de acceso a la trascendencia.

Son todas estas dimensiones las que deben tenerse en cuenta desde una filosofía que quiera abordar con razón a todo hombre y todo lo del hombre. Por eso, quizá el personalismo en la obra de Mounier, tal y como se desprende del libro del profesor De Juan, tenga la capacidad de ser, más que una filosofía específica y distinta, una propuesta vertebradora que puede constituir trasversalmente a todas las demás áreas y dimensiones del pensar.

JOSÉ MANUEL CHILLÓN LORENZO

INTRODUCCIÓN

La génesis de este libro se remonta al periodo de confinamiento estricto a causa de la pandemia de la Covid-19. Por aquel entonces (marzo-abril de 2020), cayó en mis manos una biografía de Emmanuel Mounier que hizo despertar en mí una serie de interrogantes y planteamientos en medio del arduo contexto vital que nos envolvía. La soledad que experimenté marcada por la cuarentena, las múltiples formas de generosidad de las que tuvimos noticia, de la misma forma que varias actitudes con un carácter individualista, me interpelaron acerca del sentido de ser personas y de nuestra pertenencia a la comunidad.

Al adentrarme en aquellas páginas sobre Mounier, comprobaba cómo su teoría sobre el hombre y la sociedad de su momento son vivencias cotidianas de nuestra realidad; son como una especie de espejo donde el hombre de hoy puede verse perfectamente reflejado: «Hoy el nihilismo europeo se extiende y se organiza sobre el retroceso de las grandes creencias que mantenían en pie a nuestros padres. Fe cristiana, religión de la ciencia, de la razón o del deber»¹. En un momento de auténtica crisis vital para muchas personas, que por vez primera se hacían preguntas existenciales, que veían tambalear todas sus seguridades, que descubrían los límites del mundo efímero, a la vez que las prisas del ritmo cotidiano desaparecían y con ellas esa especie de «suicidio metafísico» a la que el hombre europeo

¹ MOUNIER, E., *El personalismo* (Obras completas III), Sígueme, Salamanca, 1990, p. 55.

se ha visto abocado por no pensarse/nos, había una alternativa a la visión pesimista y esa venía pensada desde Mounier: un optimismo trágico que conducía a un realismo esperanzador. De hecho, cuando salimos a la calle, todos pensamos que el individualismo había tenido los días contados...

Consciente de que la condición humana nos compromete y que, por tanto, rechazar el compromiso es rechazar la condición humana, surgía en mi interior el deber moral de reivindicar el valor objetivo de la persona, la exigencia de acción y la necesidad de una jerarquización de valores en el contexto en el que desempeño parte de mi vida: la educación. Mi papel en el aula universitaria tiene lugar con unos destinatarios muy concretos: alumnos de magisterio, lo que implica que estoy formando a futuros maestros, que darán forma a las generaciones del mañana. Esta labor sagrada exige por mi parte tomar conciencia en mí mismo y, a su vez, ayudar a los futuros maestros a descubrir que la educación es una labor de acompañamiento en la que tenemos que procurar «hacer despertar personas». Una tarea que exige el respeto de la libertad del otro, y esta solo pasa por la personalización. A su vez, en mí esta exigencia interior se ve acentuada puesto que el cristianismo obliga al hombre a una presencia activa en todo lo temporal. Todos estos principios inscritos en el pensamiento y acción de Mounier, suscitaron en mí la máxima admiración y el planteamiento de iniciar un trabajo sobre la filosofía personalista. Podría decirse que la intención primera era «hacer filosofía en vista de hacer apostolado», expresión que sorprendentemente encontré plasmada en la obra de Mounier para describir su germen filosófico.

Conforme iba madurando la idea y penetrando en los escritos de este pensador nacido en Grenoble (Francia), iba descubriendo cómo me encontraba ante un arquetipo de síntesis entre pensar y obrar. La visión del mundo de Mounier era tan clarividente que la verdad le empujaba a actuar, testimoniando audazmente con su vida lo que planteaba su entendimiento. Esta realidad suponía para mí un testimonio vital al que admirar y un hecho digno de estudiar, al que he dedicado gran parte de mi tiempo en los últimos años.

Mounier tenía un objetivo vital: ser testimonio de los más auténticos valores espirituales y humanos. Así, su obra está movida por el afán de incorporar las exigencias auténticamente cristianas, primero en su sentido de realidad vivida y después en su expresión de ideología formulada.

El pensador protagonista de este libro, ciertamente, no fue un filósofo fundador de un sistema nuevo: su personalismo ha recibido de la filosofía

francesa más de lo que él la ha dado. Sin embargo, en él estaban presentes los dos aspectos característicos del filósofo: la universalidad de su campo de visión y la búsqueda de las razones profundas. El filósofo para serlo ha de esforzarse por situar los objetos —seres y acontecimientos— en su justo puesto dentro del conjunto de la realidad. De tal manera que no puede haber filosofía sin esta referencia a la totalidad. Esto entraña una consecuencia: el filósofo, si bien no debe estar ausente del acontecimiento, sin embargo debe de estar a una cierta distancia también de él porque el filósofo es quien ha de seguir siendo capaz de juzgar el acontecimiento en nombre de ciertos valores permanentes. El filósofo no puede dimitir ante las cosas del tiempo, pero su misión es juzgar las cosas del tiempo en función de lo que está más allá del tiempo, dado que en esto consiste precisamente la definición misma de la filosofía como sabiduría.

En este sentido, el pensamiento *engagé* ofrece una ambigüedad que necesariamente ha de superar sin renunciar a su capacidad de dominio sobre lo temporal, a fin de no caer en la superficialidad de la que en todo momento tiene que librarse y sin tener que caer prisionero de la actualidad. Por eso, en este trabajo pretendemos profundizar en el descubrimiento de su personalidad, que es la que realmente ha quedado reflejada intensamente en su obra, más aún la ha invadido, y por ello el personalismo para Mounier, como nosotros pretendemos demostrar en estas páginas, no fue solamente una ideología sino una preocupación constante, un modo de ser, de pensar y de obrar, un estilo de vida.

Esta personalidad, que será siempre un punto de referencia para todos aquellos que quieran hacer una confrontación entre valores modernos y valores cristianos, no es solamente la del hombre político, puesto que él siempre se defendió de serlo o de llegar a serlo, ni la del teólogo, dado que él no lo era más que ocasionalmente y por añadidura. Tal vez su mejor contenido definitorio sea el haber llegado a ser uno de los grandes directores espirituales de su generación².

² DUFORÉZ, H., *Grandeur spirituelle d'Emmanuel Mounier*, Masses Ouvrières, París 1951, p. 51. En este sentido nos parece muy atinada la distinción que establece González-Camínero a propósito de los pensadores españoles más recientes y significativos al decir que Unamuno es un «guía» de la juventud, mientras que Ortega era un «profesor» para

Esta riqueza de contenido de la personalidad de Mounier es la que explica por qué todos los que han intentado definir las características de su pensamiento se han visto obligados a señalar en él un aspecto metafísico y otro moral. Ambos con carácter complementario y ambos como elementos integrantes de toda una trayectoria filosófica cuyo objetivo final era la elaboración de una auténtica «filosofía humana». Pero detrás de esa «filosofía humana» a construir está la trayectoria de su propia vida como origen de ella y como justificación insoslayablemente última de la misma.

Esta filosofía humana de inspiración netamente cristiana se aproxima mucho a lo que debe ser el ideal de vida del cristiano entendido al mismo tiempo como testimonio de lo Absoluto y esfuerzo *empeñativo* por hacerlo presente a través del descubrimiento del sentido último de lo relativo. De ahí las actitudes múltiples expresadas en la trayectoria de su vida y el carácter antidogmático y combativo que refleja su obra. Y es que tanto su vida como la obra que de ella ha surgido se apoyan en la fe: en una fe de adhesión al Absoluto y en una fe de empresa. Estos dos valores, en términos cristianos, se traducen en una confianza en la Providencia y en una responsabilidad frente al mundo que será tal como los hombres la hagan bajo la mirada de Dios. Así lo refleja la correspondencia y la conexión que se da entre el afán por lograr que su vida fuera un auténtico testimonio de esa ambivalencia y de que su obra fuera un mensaje y una invitación para descubrir su presencia en la realidad, más que un cuerpo doctrinal sobre los mismos.

Esta complejidad de su personalidad explica la complejidad de su filosofía que tampoco es una, sino que viene a ser una especie de estudio elíptico de la totalidad de la realidad. Así su «personalismo» fluctúa entre la afirmación metafísica de la persona como valor supremo inscrito en el ser mismo, y la exigencia moral de una personalización que no está garantizada por nada, porque es necesario crear durante ese mismo proceso de personalización e incluso inventar los propios valores que han de contribuir a realizarla. De ahí que el personalismo de Mounier no pueda definirse

la juventud. «Ya se sabe que la juventud busca más un guía que un profesor. Sigue más irresistiblemente a Sócrates que a Platón o a Aristóteles». Cfr. GONZÁLEZ CAMINERO, N., «Circunstancia y personalidad de Unamuno y Ortega», *Gregorianum* XLI-2 (1960), p. 213.

esencialmente como una filosofía realista del ser, ni tampoco como un realismo del hacer, sino como un constante diálogo y una permanente discusión entre ambos.

Este drama fue vivido humanamente, y sin caer jamás en la tentación de sustraerse al sacrificio que constantemente exigía³. Además, este drama personalmente vivido, es el punto de arranque tanto de las limitaciones sistemáticas, como de la riqueza ideológica y clave interpretativa y metodológica para la hermenéutica exacta de su pensamiento. Para ello hay que tener en cuenta que la reflexión de Mounier está formada más que por una filosofía, por una experiencia filosófica cuyo valor hay que ir descubriendo progresivamente. Para esta tarea resulta esclarecedor ese conjunto conmovedor de recuerdos revelados de su personalidad íntima, recogidos en el volumen *Mounier y su generación*, que es el mejor instrumento de que disponemos para seguir los pasos de su vida.

El sentido fundamental de la experiencia filosófica de Mounier —escribe Umberto Eco— está constituido por el hecho de que las categorías personales pueden investigarse a un nivel teórico pero solo la vida las crea, solo la vida fundamenta la teoría mounieriana. Podremos decir que la teórica de Mounier es el diario entusiástico de una experiencia moral, dando, sin embargo, a «entusiástico» un significado filosóficamente limitativo⁴.

De ahí que al estudiar la obra de Mounier haya que tener siempre presente este sentido de experiencia personal al lado del análisis teórico y racional, para dar sentido y valor exacto a su obra. Siempre que se busque una fundamentación racionalmente definitoria, las categorías de Mounier se disuelven, o se viven o se niegan.

Al examinar la vida de Mounier al compás de su filosofía, como pretendemos en este libro, podremos descubrir que la fe en la persona humana era el presupuesto capital en el que se ha inspirado; por una parte el sentido pedagógico y práctico en que ha sido escrita su obra y, por otra, el origen de esa razón ejemplar que trasluce su vida. Ambos factores explican

³ JEANSON, F., «Un pensé combattante», *Esprit* 174 (diciembre 1950), p. 858.

⁴ ECO, U., en la recensión que hace de la obra de Rigobello, A., *Il contributo filosofico di E. Mounier*, *Filosofia* 7 (1956), p. 381.

por qué el personalismo de Mounier, más que un sistema doctrinal es, sobre todo, un modo de vida que en pleno siglo **xxi** sigue cuestionando a todo aquel que se acerca a la figura de este pensador francés.

Antes de dar por concluida esta introducción, quiero expresar mi más profundo agradecimiento a todas las personas e instituciones que, de una forma u otra, han sido parte de este camino. Escribir un libro nunca es un acto solitario; es el reflejo de incontables aprendizajes, apoyos y generosidades compartidas.

En primer lugar, mi gratitud infinita a mi familia, con especial mención a mis padres, hermanos y sobrinos, quienes han sido sostén incondicional, fuente de amor y ejemplo de esfuerzo. A mis amigos y compañeros de vida, con quienes he compartido ilusiones, desafíos y fatigas, mi reconocimiento sincero por su presencia y aliento constante. También quiero recordar con aprecio a mis colegas profesores, a mis alumnos —cuyo entusiasmo y curiosidad han sido una inspiración continua— y al personal de bibliotecas, guardianes del conocimiento que han facilitado mi labor investigadora.

De manera especial, deseo expresar mi gratitud a José Manuel Chillón, de la Universidad de Valladolid, quien ha sido brújula, maestro, amigo y hermano. Su sabiduría, generosidad y orientación han sido faro en los momentos de incertidumbre, sosteniéndome con su magisterio filosófico y humano. Asimismo, mi agradecimiento a José Alberto Benítez, de la Universidad de León, por su confianza inquebrantable en mis capacidades, por alentarme a seguir adelante y recordarme siempre el valor de la docencia como humilde pero valiosa contribución a la sociedad.

Finalmente, este libro está dedicado a la memoria de mi abuela M.^a Rosa, quien, en el transcurso de la edición de estas páginas, emprendió su viaje al cielo. Ella fue testigo de este trabajo y, quizá, su elaboración le robaron momentos que habría preferido dedicar a nuestras conversaciones. Sirvan, pues, estas palabras como un tributo a todo lo que me regaló en la vida y como un testimonio de mi eterna gratitud. Confío en que, desde el cielo, pueda mirarme con satisfacción.

A todos, gracias.

SÍNTESIS CRONOLÓGICA DE SU VIDA

Hasta su ingreso en la universidad (1905-1923)	
1905	Nace en Grenoble
1910	Ingresa en la escuela de primaria
1916	Ingresa en el Liceo
1919	Sufre el accidente en la vista
1920 a 1922	Primera edad fecunda. De los 15 a los 17 años
1923	Ingresa en la Universidad para cursar el «Degré Supérieur»

Años universitarios transcurridos en Grenoble (1923-1927). Estudia Medicina y Filosofía		
1924-1925	Curso de los suspensos en la Facultad de Medicina	
	1924	Conoce a Jacques Chevalier
1924 a 1927	«Tres años fecundos». De los 18 a los 21 años.	
	1926 (abril)	Publica su primer artículo: «Un penseur française: Jacques Chevalier» (6-IV)
	1926 (noviembre) a 1927 (mayo)	Redacta los apuntes de J. Chevalier
	1927	Obtiene el diploma de Estudios Superiores de Filosofía (23-VI) con su disertación: «Le conflit de l'anthropocentrisme et du théocentrisme dans la philosophie de Descartes».

Años de estancia en París hasta la fundación de Esprit (1927-1932)		
1927	29 de octubre	Llega a París a los 22 años
	30 de octubre	Primer contacto con los maestros de la Sorbona
1928-1929	Becario del Doctorado. Enseña en el Colegio que dirige Mdme. Danielou	
	5 de enero de 1928	Muerte de su mejor amigo Barthelemy a los 22 años
	Julio de 1928	Realiza el examen de Agregación
	Vacaciones de Navidad	Toma el primer contacto serio con la obra de Peguy
1928-1931	Colabora en el movimiento «Aux Davides»	
1929	Año de consulta entre profesores y maestros sobre el tema de su tesis a los 24 años.	
	Publica los apuntes «Apres ma classe»	
	junio	Se va a vivir a la Maison de la Jeunesse
1929-1930	Publica artículos en «Aux Davides»	
1930	Abril-mayo	Realiza un viaje de tres semanas a España
	julio	En los coloquios con Maritain comienza a serle una preocupación principal la revista
	septiembre	Hace un viaje a la Italia del Norte
1931	Publica en colaboración su estudio sobre la obra de Peguy, que es su primer trabajo empeñativo	

1931-1932	Enseña filosofía en el Liceo de Saint-Omer	
1932	16 al 23 de agosto	Congreso previo para la fundación de la revista del equipo Esprit en Font-Romau
Desde la fundación de Esprit (1932)		
1932	Octubre	Publicación del primer número de la revista Esprit
1933	Febrero	Conoce a la que había de ser su esposa
	26 de Febrero	Muerte del P. Pouget
	Mayo	El cardenal de París pide un informe sobre la revista
	Julio	Ruptura de Mounier con Izard
1935	Contrae matrimonio	
1938	Nace su primogénita	
1939	Se traslada desde Bruselas a París	
1946	Escribe <i>Introducción a los existencialismos</i>	
1947	Escribe <i>Qué es el personalismo</i>	
1948	Escribe <i>Marxismo abierto contra marxismo escolástico</i>	
1949	Escribe <i>El personalismo</i>	
	Primera crisis cardíaca	
1950	Escribe <i>La cristiandad difunta</i> y las dos obras publicadas póstumamente: <i>Las certezas difíciles</i> y <i>La esperanza de los desesperanzados</i>	
	Muere	

Emmanuel Mounier es, paradójicamente, uno de los filósofos más influyentes del siglo xx y, a la vez, uno de los grandes ausentes en nuestros programas educativos. Su pensamiento personalista inspiró la renovación del humanismo europeo tras la Segunda Guerra Mundial, impulsó movimientos de renovación pedagógica y dejó huella tanto en el Concilio Vaticano II como en textos constitucionales de numerosas naciones, que consagran la dignidad humana como piedra angular de la vida social. Sin embargo, su nombre nunca aparece en los temarios de la Evaluación de Acceso a la Universidad. ¿Por qué? Tal vez porque Mounier no ofrece una filosofía cómoda, sino una que exige compromiso, acción y coherencia vital.

Este libro es una invitación a devolver a Mounier el lugar que merece: el de un pensador que hizo de la filosofía una forma de resistencia frente al nihilismo, al conformismo y a la indiferencia. Su personalismo no es una teoría más, sino una revolución silenciosa: propone situar a la persona —no al individuo, ni al sistema— en el centro de toda reflexión política, ética y educativa. En estas páginas el lector encontrará un recorrido por la vida y el pensamiento de Mounier, una lectura que entrelaza biografía y filosofía, acción y palabra.

Jorge de Juan Fernández es Doctor en Filosofía por la Universidad de Valladolid, Licenciado en Teología Bíblica y Grado en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Es Profesor de la Universidad de León, de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de León, del Instituto Superior de Teología de Astorga y León (afiliado a la Univ. Pontificia de Salamanca) y del Instituto Superior de Ciencias Religiosas «San Genadio» de Ponferrada (afiliado a la Univ. Eclesiástica San Dámaso).

